

PANORAMA

Por GASTON BAQUERO

Sobre las guayaberas: una conferencia admirable de Francisco Ichaso

EL jueves por la noche disertó Francisco Ichaso en el "Lyceum". Fué una obra maestra lo que nos ofreció, porque supo "decir" con brillantez, con ingenio, con erudición insensible pero eficaz, casi todo lo que es necesario, convincente y conveniente que sea dicho sobre el uso y el abuso de la guayabera.



Conversando antes que leyendo, (no hay tortura mayor, ni somnifero más rápido, que esa conferencia leída sin inflexiones, como para el conferencista solo), Ichaso demostró una vez más que este problema debatido hoy, no es otra cosa que un problema de cultura; de si se acepta o no vivir dentro de una cultura, con todo lo que esto implica de incómodo en ocasiones, pero también con todo lo que supone de dignificador y elevado para la vida del hombre. Se trata, debajo de este tema aparentemente insustancial de si usamos o no guayabera como prenda nacional, de saber si nos contentamos con ser unos pedazos amorfos de naturaleza, viviendo animalmente en un "vive como quieras" que resume la selvaticuez, o si deseamos vivir como personas, dentro de un marco de cultura, de domeñación de la naturaleza, de acondicionamiento de nuestro caprichoso querer a la norma de toda convivencia: "vive como debes". La cultura es deber; es una cadena de deberes, de normas indispensables. Esos deberes súmanse para dar, en la cultura a que pertenecemos, el tipo de hombre más libre que cabe conocer: el del hombre cuya libertad es utilizada, voluntariamente, por él, como una oportunidad de hacer tales y cuales cosas, gústenle o no, en favor y homenaje a éstas o aquellas ideas.

¿Sacrificio? Sí, la cultura es sacrificio, es renuncia a los apetitos e impulsos del salvaje, es modificación radical de la vida puramente biológica, hasta transformarla en vida de cultura, en vida histórica, llena de atributos agregados por el hombre a la desnudez y materialidad

de la naturaleza. Esta lo da casi todo, en el reino de las visceras y de los impulsos; el hombre, ente social, persona conviviente, pone el resto, pone lo que no es naturaleza. Así, Goethe, a quien Ichaso citaba muy oportunamente como ejemplo de creadora libertad interior y aceptación exterior de las normas sociales, definía al arte diciendo que es, "todo lo que no está en la naturaleza". El hombre ha puesto con sus manos, con su trabajo, con la maduración de su espíritu, un sobre-mundo encima del mundo, ha revestido al mundo desnudo que le entregara la naturaleza de todo un traje. (Ichaso glosó estupendamente el Sartor Resartus, exprimiendo lo del mundo visible como envoltura o veste que cubre al mundo esquelético natural); y es ese traje, obra del hombre, trabajo de los hijos que el mundo tiene en cada pedazo de la tierra, un espejo que nos muestra la calidad espiritual, la profundidad de cultura, de esos hombres. Sea la magia de un jardín árabe o el primor de un tapiz flamenco, todo lo que el hombre agrega a la naturaleza. to-

do lo que echa sobre ésta para cubrirle un poco la desnudez de las rocas y las plantas, es cultura, cultivo de una materia prima que es el mundo, pero antes que el mundo, es el hombre mismo. Por esto, si la misión cultural del ser humano consiste, a la postre, en un vestir a la naturaleza, ¡cuánta importancia no tendrá la vestimenta del hombre! Parecerá a primera vista que un traje no es otra cosa que un "capricho de la moda"; pero debajo de esa apariencia, debajo de lo que pueda parecer moda y sólo moda, está la cultura, el ascenso alcanzado por el hombre. El traje que nos ponemos viene de muy lejos, está lleno de misteriosos signos, que una vez descifrados sirven para aclarar sobre nuestra personalidad todo lo que pueda interesarle al historiador de la cultura, al que se sienta inclinado a conocer si de veras pertenecemos o no al mundo cultural que decimos pertenecer. Cada cultura tiene su traje, Occidente tiene el suyo, evolucionado a través de los siglos, pero siempre con un mismo sentido, obe-



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

deciendo siempre a una orientación cristiana de la ética y el convivir. A ese traje de Occidente ha ido quitándole cosas el hombre, y esto, a medida que la cultura occidental se ha desvitalizado; ahora bien, de unos dos siglos a esta parte, después de Napoleón, el traje occidental se ha inmovilizado en lo esencial: Norteamérica, que lo adoptó, no ha hecho sino darle en los últimos tiempos unas líneas algo así como aerodinámicas, (para eso es América), pero el vestuario de Occidente, propio de una cultura con caracteres de universalidad, está en pie... Nosotros pertenecemos a esa cultura; su traje es el nuestro.

¿El clima? Ichaso vertió unas consideraciones deliciosas sobre el trajinado tema del clima. Calor, siempre tuvimos; los taños, desde luego, no tenían otro traje que el taparrabos, pero es que también no conocían otra cosa que el casabe, o sea, estaban fuera de la cultura. Al llegar aquí el Occidente, ¿qué ocurrió? ¿Cambiaron sus trajes los europeos por el taparrabos indígena? Todo lo contrario: vistieron a los llorones hijos de esta tierra, les enseñaron que la ropa tenía un sentido ético, y a la vez que mesa nueva, les proporcionaron ropaje nuevo. Con la moda de Europa marchó Cuba, y fué gala del siglo culto nuestro, del XIX, vestir correctamente, vestir a la última moda europea. Ni a Martí ni a Maceo, criollos criollísimos, no se les ocurrió nunca la peregrina idea de que para combatir al Gobierno español había de combatirse también las costumbres españolas. Y así, los padres de la independencia, no vistieron nunca alforzadísimas guayaberas ni minúsculos taparrabos indígenas, sino que lucían, con mucho garbo, a la manera más refinada de la época, severas chisteras y relucientes hongos... Uno de los grandes elogios reservados a Maceo, es el de la apostura y propiedad con que llevaba la levita. Y es de cierto un gran elogio ese, porque llevar correctamente una levita es un signo de cultura. No teniendo Cuba trajes regionales ni indígenas, pues aquellos pobrecitos comedores de casabe no acertaron ni a tejer ni a colorear, salvo con la bija, ¿de dónde viene esa alharaca de "traje nacional"? El traje nacional cubano, en tal caso, es el taparrabos, no la guayabera. De regionalismo andaluz vino la chaquetilla ribeteada de encajes, botoncitos, ojales bordados, hecha para el sensual gualtrapeo del andaluz en su jaca. Ni los indios ni Africa dieron traje a Cuba; traje le dió la cultura, España, no sus regiones, sino España como fuente de universalidad. ¿El clima? El clima, como

los pantanos, como todos los rigores de la naturaleza, es un problema a resolver por la cultura: tejidos apropiados, hechuras, etc... Ichaso recordó con emoción ese grabado que está en la Asociación de Reporters, donde aparecen unos periodistas cubanos vestidos a la manera de la época. Dijo que ese grupo de "reporters" enfundados en severos trajes, cuidadísimo su aspecto, correcta su presentación, ganaba su respeto porque comprendía que ellos nos daban una lección: la de que todo en la vida es esfuerzo, la de que hay que sudar todo lo que se quiere conquistar. Y la cultura es una conquista, el derecho a vivir dentro de una civilización, es una conquista, el respeto y la consideración de nuestros semejantes, es una conquista. En Cuba, hay que sudarla, como en otros países hay que entumecerla. Si ponemos por encima de esas exigencias de la cultura nuestra personal comodidad, estamos volviendo a lo animal, a lo selvático, a lo primitivo: nos estamos exilando de la cultura, por nuestro propio gusto, lo cual es el colmo de la pigracia y de la incultura. (A los que hablan de "en Miami se ve a la gente en trusa por la calle", aniquiló Ichaso, en frase agudísima, que "Miami es una ciudad al servicio de una playa, mientras que La Habana es una ciudad al servicio de una cultura").

Fué la noche del jueves, gracias a Francisco Ichaso, noche de auténtica alta cultura. Sin pedantería, sin irritarse, tocando en los temas más profundos como en los más simples con parejo sentido de las proporciones, ofreció una bella lección: la de que no todos los cubanos, ahora, están por la vuelta a la selva, al areíto y al casabe, sino que somos muchos los que nos sentimos orgullosos de pertenecer a un cuerpo de espléndidas señales de superación y grandeza del hombre. La guayabera pertenece a la misma línea vestural que el pijama; sirve para llegar hasta cierto punto, pero de ahí en adelante, quien clivde la frontera, o quien la desprecie, está faltando a una cosa mucho más importante y considerable que el "qué dirán"; está faltando a la cultura misma, está manifestándose por el desprecio a la convivencia, está autorizando, con su proceder, a la destrucción de todas las normas que hoy protegen al hombre, a todos los hombres, contra la reaparición, ¡siempre latente, siempre amenazante!, del salvaje refugiado en lo profundo de unas cavernas casi milenarias: fuerza de sacrificio, de abnegación; de calor, de concesiones, de afirmaciones; a fuerza de Cultura.

AM, 22/28



HEREDIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA